

LA CULTURA POLÍTICA Y LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1988. HACIA UN ANÁLISIS DEL NEOCARDENISMO.

Tonatiuh Guillén López

RESUMEN

El objetivo principal del artículo consiste en explicar el desarrollo del neocardenismo a partir de un análisis de la cultura política nacional, buscando en ella los elementos que permitieron la súbita y masiva conexión de la población con los partidos aglutinados en el Frente Democrático Nacional durante la elección presidencial de 1988. Se emplea una caracterización de la cultura política obtenida de una amplia encuesta sobre actitudes políticas realizada en septiembre de 1987 en las ciudades de Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y San Luis Potosí. Del análisis de la cultura política se concluye la presencia de dos tendencias en su interior: la cultura liberal y la cultura tradicional, que se distribuyen siguiendo la estratificación económica de la población. Las características de la cultura tradicional explican en gran medida tanto las particularidades del neocardenismo, su momento y forma de expresión, como la relativa indiferencia electoral de la población durante los años precedentes de crisis económica.

ABSTRACT

This article aims to explain the development of *Neocardenismo* in Mexico through an analysis of Mexican political culture. It seeks to identify the key elements of the rapid, massive adherence of a large part of the population to the political parties united under the Frente Democrático Nacional during the 1988 presidential election. The study is based on a large-scale survey of political attitudes conducted in September of 1987 in Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo and San Luis Potosí. This survey suggests the existence of two tendencies within the political culture: a liberal culture and a traditional culture whose relative dominance in society is closely linked to economic stratification within the population. The peculiarities of *Neocardenismo*, the timing of its emergence and the way in which it is expressed are explained, to a great extent, by the characteristic features of traditional culture. These characteristics also help understand the relatively indifferent attitude of the Mexican citizenry towards elections during the years of economic crisis preceding the 1988 presidential election.

*Tonatiuh Guillén López. Director del Departamento de Estudios de Administración Pública Se le puede enviar correspondencia a El Colegio de la Frontera Norte, Boulevard Abelardo L. Rodríguez, núm. 21, Zona del Río, Tijuana, Baja California, tels. 842033, 842226, 842068.

Introducción

A pesar de que la investigación social en El Colegio de la Frontera Norte tiene un fuerte contenido regional, en repetidas ocasiones su análisis permite establecer conexiones representativas del conjunto de los procesos nacionales. La frontera norte de México, si bien en muchos aspectos manifiesta diferencias notables con el resto del país, no puede ni pretende desprenderse de las tendencias nacionales. Su particularidad no la lleva a constituir una realidad diametralmente opuesta a lo que ocurre en el resto de México. En esta medida, que es variable en función de los aspectos sociales que se consideren, la frontera norte expresa también a la nación. Con este punto de partida abordamos el presente ensayo.

Uno de los fenómenos políticos que indudablemente han marcado la historia moderna de México fue el surgimiento y desarrollo del Frente Democrático Nacional (FDN) durante la pasada elección presidencial. Los cambios que ha estimulado en la vida política del país, la mayoría de ellos todavía no evaluados, por lo pronto han modificado algunos rasgos importantes del sistema político. El partido "casi absoluto" ha perdido terreno, como lo reconoció en su momento el ahora presidente, Carlos Salinas de Gortari, quien propone su modernización para adecuarlo a las nuevas condiciones. El presidencialismo, la pieza central del sistema político, también ha tenido alteraciones, perdiendo parte de la omnipotencia en su relación con los otros poderes, particularmente ante la Cámara de Diputados.

Asimismo, el desafío de los partidos de oposición es ahora más consistente y extenso que nunca, lo que ha convertido el ritual electoral en algo más cercano a la competencia de partidos. A pesar de ello, los nuevos rasgos del sistema político -que todavía no termina por aceptarlos plenamente- no han significado la renuncia de la burocracia política al poder del Estado. Si bien debe sujetarse a las nuevas condiciones, no ha perdido la capacidad real de imponer su decisión, incluso en instancias como la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, donde su franca minoría obtenida en las votaciones no ha sido obstáculo para controlar el organismo.

Indudablemente, las anteriores novedades del sistema político han sido determinadas sobre todo por la amplia movilización popular que giró alrededor del FDN, que con mucho sobrepasó a la tradicional clientela electoral del PAN. Si bien existen otros factores de importancia en la coyuntura, el ingrediente activo fue la participación de la población en la política electoral de oposición, que ya se esperaba desde los primeros momentos de la crisis económica en 1982. Precisamente, la pasada votación presidencial presenta como dificultad central la explicación del encuentro súbito de la población con la política electoral, cuando la mayoría de los indicadores apuntaban hacia una reiteración de la tendencia de años anteriores; es decir, de la relativa indiferencia de las elecciones hacia los drásticos efectos sociales de la crisis.

En retrospectiva, sin que sea falso, ahora resulta sencillo enunciar la conexión de la política actual con la crisis económica como un elemento fundamental de su explicación. Poco tiempo atrás, sin embargo, la ausencia de vínculo entre la crisis y la respuesta política de la población fue un motivo de investigación en sí mismo,¹ que a su vez generó un ambiente poco receptivo para prever

¹ Puede revisarse, por ejemplo, el ensayo de Soledad Loaeza, "Desigualdad y democracia" en *Nexos* 123, 1988, págs. 33-38.

acontecimientos como los de 1988. En cuestión de pocos meses, entre enero y julio de ese año, se afirmó el neocardenismo como un movimiento nacional del gran importancia, que junto con el PAN configura el nuevo espectro de la oposición política en el país. Efectivamente, el impresionante desarrollo de los partidos vinculados a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano puede ser interpretados como la esperada respuesta electoral a los efectos sociales de la crisis económica

Reconociendo la importancia de la crisis en la determinación de la política nacional detrás de todo ello hay una pregunta central: ¿por qué se presentó en su expresión electoral hasta julio de 1988, cuando las condiciones -nominalmente- ya estaban dadas desde años anteriores? En términos generales, la respuesta recae en los elementos esencialmente nuevos que caracterizan la coyuntura, entre los que podemos contar: la escisión de la Comente Democrática en el interior del PRI que equivalió a una fisura trascendental de la burocracia política; la unidad electoral de importantes organizaciones y partidos de oposición; la reforma política de gobierno de Miguel de la Madrid y, sobre todo, la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas.

Debe partirse del hecho de que la movilización político-electoral de 1988 tuvo un momento y expresión particulares: las del neocardenismo, como el principio vehículo de la expresión política estimulada por la crisis. Sin embargo, una cosa es señalar conexiones más o menos abiertas sobre la relación entre el neocardenismo y la crisis económica, y otra es tratar de definir los mecanismos que permitieron la conexión y su forma. Evidentemente, no es nuestra pretensión agotar este completo problema. Con el objeto de restringir nuestro análisis, la crisis y su papel los entendemos aquí como la *posibilidad social de una respuesta política de oposición* o, siendo extremos, como su necesidad, que durante años estuvo más al acecho que traducida en acciones concretas. Puede plantearse esta necesidad en un doble plano: abstracto, en el todo social, en donde la crisis de la estructura económica altera las condiciones de reproducción del resto de las prácticas sociales, tratándose así de una expectativa conceptual. Además, en el plano concreto de la realidad histórica, la crisis económica y sus efectos en la sociedad mexicana generaron y o estimularon cambios en las actitudes políticas de la sociedad. En el último caso el resultado fue un perfil político radicalizado, de oposición, que estrictamente no fue creado entonces, sino generalizado, intensificado y conducido a flor de piel

El objetivo del presente artículo consiste en explorar algunas hipótesis sobre el vínculo entre el neocardenismo y la crisis, entendida en el sentido indicado arriba, en las que utilizamos como eslabón a la cultura política de la población específicamente lo que denominamos su esfera tradicional. En nuestro planteamiento la cultura política aparece como el instrumento de realización de la respuesta social que la crisis había expresado de manera concreta en las actitudes políticas. Paradójicamente, la cultura tradicional también significó, como trataremos argumentar, el instrumento que lo había impedido en años anteriores. A nuestro juicio, la explicación del movimiento neocardenista y, con él, de la coyuntura de 1988, en gran medida descansa en las características de la cultura política tradicionales de la que intentaremos definir algunos de sus rasgos. De esta manera, entre la crisis y la manifestación electoral existe el puente de la cultura política, que ha determinado la direccionalidad de la segunda, su sentido y formas de expresión

Expuesto así, el objetivo del artículo no consiste en una historia del Frente

Democrático Nacional, ni estrictamente en un análisis sobre su experiencia durante el proceso electoral de 1988. Se trata de intentar explicar uno de los problemas que presenta: la masiva vinculación popular que lo constituyó, analizada desde la perspectiva de la cultura política. Independientemente de la medida de este proceso, que puede variar tanto como la confiabilidad de las cifras electorales oficiales, el hecho es que el FDN actualmente representa el principal movimiento de oposición política en el país, que incluso tuvo la capacidad de derrotar al partido oficial en la elección presidencial en áreas tan importantes como el Distrito Federal y cuatro estados más de la República. Adicionalmente, el FDN rebasó a la oposición tradicional que por décadas había representado el Partido Acción Nacional, redefiniendo así el perfil político de México.

Como apoyo empírico a nuestro trabajo y desde el horizonte que permite para un análisis de la cultura política -y, a partir de ella, del neocardenismo- utilizaremos los resultados de la encuesta sobre actitudes políticas realizada por El Colegio de la Frontera Norte en las ciudades de Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y San Luis Potosí durante el mes de septiembre de 1987.² Como es claro por el momento en que fue generada, la información estadística sólo es pertinente para un análisis de la cultura política y no, directamente, del neocardenismo. A partir de los resultados sobre la primera es como intentaremos aproximarnos al segundo.

1. Crisis Económica y Política Electoral

La crisis económica así como la política gubernamental puesta en práctica en relación con ella, han tenido como uno de sus resultados principales la reducción drástica del nivel de vida de la población asalariada. Cálculos conservadores han medido en 50 por ciento la pérdida de la capacidad adquisitiva de los salarios en los últimos seis años. En estas condiciones de incremento en la desigualdad social del país, desde 1983 se estimaba que los efectos políticos de la crisis se reflejarían en los procesos electorales, cuya cúspide se alcanzaría en 1985.³ El supuesto principal de esta expectativa fue el extenso reconocimiento social sobre la importancia económica del Estado y su responsabilidad en la dirección del desarrollo nacional. Partimos del reconocimiento de que una parte fundamental de la cultura política del país consiste en lo que pudiera denominarse la omnipresencia del Estado en la vida social de la nación. Tanto como realidad y mucho más como discurso ideológico -estimulado por la propia burocracia política- el Estado se ha convertido en receptor y creador de los bienes y males de la sociedad.⁴ En este contexto

² Encuesta Socioeconómica Anual de la Frontera (ESAF-87). Véase Apéndice Metodológico.

³ Pablo González Casanova, "Democracia en tiempos de crisis" en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectiva*. México, Siglo XXI-IISUNAM, 1985.

⁴ Esta concepción social y su correspondiente práctica, entre paréntesis, parecen ser parte de los cambios que pretende introducir la administración de Carlos Salinas de Gortari, continuando, con un argumento nuevo de corresponsabilidad y de modernización, el repliegue económico del Estado iniciado en el sexenio anterior.

de la conciencia social, para la gran mayoría de la población la crisis económica es responsabilidad gubernamental; no caben aquí las explicaciones sobre el mercado internacional o el incremento de las tasas de interés de la banca mundial o la caída de los precios del petróleo. Simple y llanamente la crisis es responsabilidad del Estado.

El reconocimiento social que vincula tan directamente a la crisis con el Estado, tuvimos la oportunidad de comprobarlo empíricamente en junio de 1986 en las ciudades de Tijuana, Chihuahua y Ciudad Juárez⁵ y, más recientemente, en septiembre de 1987, en las ciudades de Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y San Luis Potosí. En el último caso, sobre el que basaremos nuestro análisis, mediante una extensa encuesta dirigida a la población mayor de 18 años y distribuida siguiendo los criterios metodológicos del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), interrogamos a los entrevistados sobre la responsabilidad gubernamental en la determinación de la crisis. Ante la proposición “La crisis económica es culpa del gobierno”, en cifras redondas el 60 por ciento de los entrevistados estuvieron de acuerdo, contra sólo un 14 por ciento en desacuerdo (Cuadro 1).

Asumiendo la existencia de la estrecha conexión entre Estado y crisis económica, era lógico esperar una reacción político- electoral consecuente; es decir, dirigida a restar votos al partido oficial, por lo menos desde 1982. Sin embargo, las tendencias nacionales durante las elecciones locales de 1983 y federales de 1985 mostraron una enorme indiferencia, considerando la magnitud de los estragos sociales causados por la crisis y, más aún, reconociendo en el Estado a la entidad responsable. No ocurrió el gran cambio político que desde entonces se esperaba, salvo en contadas excepciones regionales y dentro de límites estrechos. Se han formulado algunas explicaciones acerca de la indiferencia observada en los arlos de la crisis entre ésta y la política electoral, dominando en ellas la cuestión del fraude electoral. A pesar de las opiniones en contra, particularmente procedentes de los partidos políticos de oposición, consideramos que el fraude -aun participando de manera importante- no fue el determinante principal de los resultados electorales en los años señalados. Sin desconocer la capacidad gubernamental de manipular los resultados de las votaciones, a pesar de la crisis el partido oficial realmente mantuvo una importante masa de electorado,⁶ independientemente de las razones, sobre las que intentaremos aproximarnos.

En otra perspectiva y con distintos indicadores, en nuestra encuesta detectamos claramente otra variante de la paradoja de la política nacional durante la crisis. Mientras la crítica hacia la gestión gubernamental era muy dura, extrema, las preferencias declaradas por los entrevistados hacia el partido oficial mantuvieron

⁵ Algunos resultados de esta investigación, de la que retomaremos ciertas conclusiones en esta parte de la exposición, pueden ser consultados con mayor detalle en los artículos de este autor “Crisis económica y cambio político en México. Una visión desde la frontera norte”, *Estudios Sociológicos*, núm. 16, México, El Colegio de México, 1988; y en “Las bases sociales del PRI y las perspectivas del sistema político” en Wayne A. Cornelius, Judith Gentleman and Peter Smith (eds.), *Mexico's Alternative Political Futures*, La Jolla, California, Center for US-Mexican Studies, UCSD, 1989.

⁶ A la vez que los partidos de oposición no lograron una clientela política estable y amplia. Salvo el caso del PAN, con altibajos regionales, el resto ni siquiera consolidó una estructura interna realmente organizada para el trabajo partidista.

una posición dominante. Ante esta aparente inconsecuencia política, por separado definimos la crítica gubernamental como el *potencial crítico* de las actitudes políticas, que en su particularidad expresaba un perfil de la población que contradecía intensamente sus preferencias electorales declaradas y actuales. Bajo este concepto concentrarnos los indicadores de la crítica a la gestión gubernamental, como una alternativa para medir el perfil de las actitudes políticas, fuera de las preferencias expresadas por los partidos y de las cifras oficiales de los votos. Con este resultado que obtuvimos en más de una ocasión y en diferentes lugares, todo parece indicar que para la mayoría de la población las actitudes políticas y la vida electoral han transcurrido en pistas separadas, si bien no inconexas. Por el momento asumimos este resultado, independientemente de aquello que lo ha determinado y que, ciertamente, es una discusión importante.

En función de los datos que obtuvimos en nuestra encuesta de 1987, utilizamos como indicador máximo del potencial crítico el acuerdo de los entrevistados ante la proposición "La corrupción es la causante de la crisis", debido a su fuerte contenido político que de manera intensa denuncia a un gobierno incompatible con la legalidad que tiene el compromiso de representar (Apéndice, Cuadro 2).⁷ En función de él y de las preferencias declaradas en favor del partido oficial (Apéndice, Cuadro 5) elaboramos el Cuadro 2, que representa la distancia entre las actitudes políticas de la población respecto al Estado y su preferencia por el partido gubernamental. En todos los casos, el nivel del potencial crítico fue muy superior a las preferencias declaradas por el PRI. Por sus distintas magnitudes, también puede apreciarse claramente que la preferencia electoral tiene un ritmo disímil a la valoración de la imagen estatal.

Por otro lado, analizando la distribución del potencial crítico y las preferencias de partido en función de los estratos económicos,⁸ detectamos la presencia de dos tendencias en la cultura política nacional. Particularmente los sectores de menores ingresos concentran la polaridad entre el potencial crítico y las preferencias declaradas por el partido gubernamental; no ocurre lo mismo entre la población de mejores condiciones materiales. En primera instancia, lo anterior significa que el horizonte de la cultura política nacional se distribuye en relación con los estratos económicos: sólo en los estratos de mejores ingresos existe mayor consecuencia entre el potencial crítico y las preferencias de partido, sin que ésta sea plena (Cuadro 3) En sí misma, estimamos que esta distinción es particularmente valiosa para una caracterización de la cultura política y, en función de ella y dentro de los límites pertinentes, para explicar la reproducción del sistema político. Las dos grandes tendencias en que se divide la cultura política las hemos denominado esferas culturales y su importancia radica, como trataré de argumentar adelante, en que explican algunos rasgos decisivos de la actual coyuntura política del país, cuyo principal indicador fue la pasada elección presidencial.

⁷ Una argumentación más elaborada sobre el indicador puede ser consultada en el primer artículo arriba citado. Debe reconocerse, sin embargo, la necesidad de desarrollar el concepto desprendiéndolo de sus determinantes empíricos *de ahora*.

⁸ En nuestra encuesta clasificamos a la población en tres estratos económicos, siguiendo los criterios de ocupación, posición en el trabajo y escolaridad del Jefe de familia de los hogares entrevistados. El estrato I corresponde a la población con las mejores condiciones económicas; el estrato II a los intermedios y el estrato III a la población de menores recursos. La estratificación fue diseñada por Rene Zenteno, investigador de El COLEF.

Como puede derivarse de lo expuesto, el potencial crítico de las actitudes políticas caracterizado por el perfil claramente antigubernamental de la población, *en su mismo ya indicaba la necesidad de un cambio político*, tanto como la crisis ahondaba sus efectos sociales. Esta situación se encontraba presente tanto en nuestras investigaciones de 1986 como en 1987, y seguramente con anterioridad, si bien no con la misma intensidad. Sin embargo, regresando a la cuestión electoral, por lo menos hasta principios de 1988 no existían indicadores claros que sugirieran la “realización” del potencial crítico en la magnitud que observamos durante la pasada votación presidencial. Si bien el potencial crítico es el principal indicador de la necesidad de un movimiento político de oposición, lo hace de manera genérica se aproxima al movimiento neocardenista en la medida que comprendamos a esto en general, como oposición, excluyendo su forma y momento particulares.

Resumiendo lo expuesto, nuestra investigación nos había conducido a detectar la existencia de dos grandes tendencias de la cultura política nacional, las que denominamos provisionalmente la esfera tradicional y la esfera liberal.⁹ Su principal indicador fue la disímil relación establecida entre el potencial crítico de las actitudes políticas y la preferencia de partido declarada. Debido a su extensión en el país, que puede ser estimada por las características de la población donde se concentra, la dominante es la cultura política de la esfera tradicional. Procederemos a su análisis en función del estrato económico de menores ingresos, que es el más representativo y que además le proporciona su asiento material. En nuestra perspectiva, la cultura tradicional contiene los elementos ideológicos que han dado sustento a la estructura corporativa del sistema político y que, en alguna medida, explican tanto la reproducción del último como de los elementos que actualmente lo amenazan, específicamente el neocardenismo.

II. Elementos Corporativos de la Cultura Política Tradicional

Se desprende de los resultados del Cuadro 3 que si bien la distribución del potencial crítico entre los estratos económicos asumió proporciones relativamente semejantes, su magnitud es ligeramente superior en el estrato de menores ingresos, precisamente el más afectado por la crisis. Sin embargo, en este último estrato el potencial crítico se comportó a la vez con mayor “inconsecuencia” política: la preferencia declarada por el partido oficial concentró en él su mayor porcentaje. De esta manera, siendo el sector social más castigado por la crisis, el estrato III mostraba las siguientes características: a) el más elevado potencial crítico, y b) la más alta preferencia declarada por el partido oficial.

Puesto en otros términos, en la perspectiva de un estrato económico I o II (los de mejores ingresos), la posición político-electoral de la población de menores

⁹ Es clara la necesidad de avanzar más en la caracterización de ambas tendencias en función de análisis concretos. Los límites del presente ensayo sólo nos aproximan a determinados rasgos esenciales de la cultura política tradicional a través de su conexión con el neocardenismo.

recursos es de una inconsecuencia extrema, sobre todo en las condiciones de crisis actuales. Sin embargo, en vez de señalarla es más pertinente considerarla un indicador. En términos generales nos muestra el reconocimiento ideológico de una distancia entre este sector de ciudadanos y la política electoral. No se trata necesariamente de una distancia que excluye su participación como votantes, sino de un distanciamiento con el sentido formal del proceso electoral, su deber ser; en otros términos, el sentido real con el que se piensa (y actúa) es otro al sentido formal. Entre otras cosas, esta distancia también indica *reconocer y, en alguna medida, aceptar la cuestión del poder como algo esencialmente ajeno, con el que entonces puede (y debe) negociarse, pero no determinarse*. Considerando la estructura jurídica del sistema político, la actitud del estrato III muestra una disociación con el concepto y la práctica del ciudadano liberal y su capacidad de determinar o influir en la conformación de un gobierno y sus decisiones. Con esta perspectiva, en la lógica de la cultura política tradicional el proceso electoral pierde su significado formal para adquirir otro. Conviene destacar que de esta manera, en la cultura tradicional el concepto de lo electoral se encuentra subvalorado, marginal, en relación con el significado esencial que le asigna la cultura liberal. Con él, también son marginales los partidos -sobre todo los de oposición- y las elecciones, aún suponiendo que éstas fueran completamente democráticas; las implicaciones son importantes.¹⁰ La relación que hemos detectado entre el potencial crítico y la preferencia por el PRI indica la presencia de una cultura política con los rasgos indicados. Conviene señalar que detrás de estas implicaciones se encuentra la posibilidad que tiene la población del estrato III de declarar su preferencia o de votar realmente por un partido político de oposición.¹¹ Considerando lo anterior, puede afirmarse que el voto o la preferencia declarada por el partido gubernamental no proviene exclusivamente, ni sobre todo, del fraude o de las presiones directas sobre una persona que tiene una preferencia política distinta al partido oficial y que es obligada a cambiarla. Son prioritariamente otro tipo de presiones y mecanismos que han tenido por resultado esta decisión electoral favorable al partido oficial. Sin pretender ahora profundizar en ellas, equivalen a los determinantes de la cultura política

¹⁰ La valoración de lo electoral es una construcción, que no se adquiere espontáneamente. Un indicador revelador sobre esto es la distribución de los estratos económicos y respectivas tendencias culturales en función de la escolaridad. La cultura tradicional, relacionada con el estrato III, vinculada también con la preferencia priísta, se encuentra ligada a un nivel sin escolaridad o primaria incompleta. Por el contrario, la cultura liberal, relacionada con los estratos II y I, relacionada también con la preferencia por los partidos de oposición, se encuentra ubicada en los niveles escolares superiores a 6 grados

¹¹ Como posibilidad, el estrato III puede votar por un partido de oposición o pudo haber declarado su preferencia por alguno de ellos, pero mayoritariamente no lo hace. Si optara por un partido de oposición, la cuestión del fraude electoral] sería lo dominante, con lo que el problema de su "inconsecuencia" política desaparecería. En la lógica del fraude, la historia del sistema político sería la de una constante imposición y represión, lo que no es una hipótesis del todo viable: se trata de algo distinto a un simple dictado de fuerza. Por el contrario, para los sectores de la población fuera de la cultura tradicional precisamente se trata de eso. Para las clases medias, por ejemplo, en su interpretación del sistema político domina la imposición, prácticamente por la fuerza; el fraude electoral tiene aquí una valoración distinta al de los sectores populares, volviéndolo eje de toda explicación de la política.

tradicional que han sido reproducidos en la estructura corporativa del sistema político. De esta manera, el consenso social que pretende sugerir las cifras oficiales de la votación por el PRI, en una amplia proporción reflejan en realidad un sentido distinto al de un consenso pleno, en el sentido liberal, debido a los rasgos impositivos que lo acompañan. Entre paréntesis, esta situación a su vez es un factor adicional que determina el desprestigio de las elecciones, que ya no es sólo causado por la cuestión del fraude, sino también por este particular voto por el partido oficial, que fue generado en condiciones distintas al que podría producirse por algún partido de la oposición.

En este contexto de la cultura política tradicional, el proceso electoral se convierte en parte de la *negociación* con el poder y menos en un instrumento para la conformación del mismo. Sobre esta concepción fundamental y su correspondiente práctica se asientan las eficaces reglas no escritas de la estructura corporativa del sistema político. Dentro de sus mecanismos, el fraude electoral es un instrumento de refuerzo que mantiene incuestionada la estructura de dominación. Los elementos corporativos de la cultura tradicional, estimulados con el ejercicio cotidiano del sistema político, reproducen así el concepto esencial de un poder inamovible, externo y ajeno, pero a la vez susceptible de establecer compromisos, por principio de desiguales beneficios debido a la relación de completa asimetría.

Resulta coherente con lo anterior que el partido oficial encuentre en el estrato III la proporción más importante de su base social de apoyo (Cuadro 3). La inconsecuencia política que habíamos descrito sobre este estrato económico adquiere ahora sentido pleno bajo el concepto de negociación, dentro de las limitaciones y de la lógica corporativa que caracteriza al sistema político. De la misma forma, adquiere también sentido la presencia simultánea del potencial crítico de las actitudes políticas, que puede coexistir, *sin excluir tensiones*, con una preferencia electoral en favor del partido gubernamental. Sin embargo, este panorama tiene la posibilidad de un vuelco; para ser más claro, *tiene la necesidad y busca la oportunidad de ese vuelco, tanto más como se desarrollen sus contradicciones internas*. En nuestra perspectiva, la principal de ellas consiste en el antagonismo entre el potencial crítico y el reconocimiento de un poder exterior y ajeno, con el que se está obligado a negociar -mediante su ratificación electoral- en condiciones de permanente desventaja. De aquí la importancia erosionadora que la crisis ha tenido sobre esta relación corporativa, al subir el tono del potencial crítico.

Haciendo abstracción de la actual coyuntura, es pertinente destacar los siguientes dos resultados de la reiteración de la estructura corporativa del sistema político en el largo plazo: a) la reproducción de una fuerte estructura orgánica, con su particular forma de representación de los intereses sociales, cuyos ejes principales son el PRI y el sindicalismo, y b) la reproducción de una cultura corporativa o de la política concebida única y exclusivamente dentro de los espacios y formas de la estructura corporativa. Ambos resultados se traducen en la subordinación real y conceptual del proceso electoral dentro de la lógica del poder y, con él, en un distanciamiento con el deber ser del sistema político, su legalidad formal.

En cuanto a la reproducción de la estructura orgánica del sistema político, nos interesa destacar su forma: la estructura política se encuentra organizada en función de colectivos sectoriales, con el objetivo principal de negociación frente a un poder externo reconocido. En calidad de ejemplo de contraste, en ella se niega como

idea y como práctica el concepto liberal de ciudadano que directamente tiene la capacidad de relacionarse con el poder político y determinarlo. Por el contrario, el ciudadano de la política liberal es sustituido por el grupo, por el colectivo de la política corporativa. De la misma manera, los intereses sectoriales o de los individuos corporativizados se encuentran *representados*, permitiendo así, con la necesidad de representación, que la estructura de la política corporativa imponga al dirigente como uno de sus elementos fundamentales.

Dicho de otra forma, la política corporativa involucra la presencia de líderes, en sentido fuerte, que podrían ser mejor definidos como la representación personificada de los intereses sectoriales, sobre todo entre las organizaciones más sencillas, de base.¹² No es que el ciudadano no exista dentro de la estructura corporativa, sino que su existencia es sólo formal. Efectivamente no existe en relación con los aspectos determinantes del poder político: en todo caso, con todas las limitaciones, no es como ciudadano como participa, sino como colectivo, indirectamente, formando parte de un sector social específico. Así, el ciudadano forma parte del esquema de justificación legal e ideológico del sistema político, pero está incapacitado para actuar por sí mismo dentro de las reglas existentes, que son las de la estructura corporativa (que lo excluyen). Siendo más extremos, la cultura tradicional ni siquiera se reconoce con el concepto de ciudadano ni con sus implicaciones en relación con el poder gubernamental.¹³

La estructura corporativa del sistema político, de largos antecedentes en la historia del país -previos incluso a la formación del Estado revolucionario- paralelamente ha reproducido y consolidado una cultura política corporativa de la que también es resultado. Para importantes sectores de la población esto significa pensar y actuar en política *dentro del espacio de alternativas y formas que presenta la estructura corporativa*. Así, de entrada excluye de su horizonte de opciones reales a otros elementos formalmente reconocidos de la política nacional, como son las elecciones: no determinan al poder político, sino que forman parte de las reglas para relacionarse con él. La cultura política paralela y coherente con la estructura corporativa la identificamos con la cultura tradicional que mencionamos líneas arriba. Dentro

¹² Si bien la política liberal también supone la representación de intereses y, por tanto, la presencia de dirigentes, la distinción principal radica en las características del dirigente. En la estructura liberal la dirigencia es independiente de su representante, es decir, aquí el peso lo tiene el puesto, su formalidad institucionalizada: lo racional legal, en términos de Weber. En la estructura corporativa, la existencia de la dirigencia no depende de una estructura formal preestablecida, sino de la persona que en determinadas condiciones ha surgido como representación encarnada de determinados intereses; sus atributos realmente no están definidos. La reproducción de la dirigencia depende en gran parte del liderazgo personalizado. Si bien en México la estructura corporativa está acompañada de un marco legal (por ejemplo, en los sindicatos), en la práctica la formalidad se encuentra rebasada, lo que es estimulado cotidianamente por el Estado, quien así se muestra coherente con su naturaleza corporativa.

¹³ Como menciona Lorenzo Meyer, el país carece de tradición democrática, "Al filo del siglo XXI nuestro encuentro definitivo con la democracia política sigue siendo incierto porque en primer lugar y sobre todo, no contamos con una tradición al respecto". Lorenzo Meyer, "La democracia política: esperando a Godot", *Nexos*, núm. 100, pág. 39. Sin embargo, la ausencia de una tradición democrática no excluye la presencia de formas de concebir y actuar en política.

de su lógica, con las elecciones se negocia; votos por servicios públicos, como ocurre en las zonas urbanas marginadas; votos por el acceso a la tierra, al créditos a los servicios, como ocurre en el campo. Pero en todo caso, las elecciones y con ellas, los partidos de oposición, no son alternativa a un poder distinto.

El papel subordinado de las elecciones dentro de la estructura y cultura corporativas fue el que permitió que durante los años de crisis la política electoral haya permanecido relativamente indiferente a la drástica reducción del ingreso de la población y del consecuente potencial crítico de la sociedad. Desde una perspectiva global, la política electoral y la economía se movieron así durante cinco años sobre terrenos diferentes, desconociéndose mutuamente. Sin embargo, observado más en detalle, lo que ocurrió en esos años fue la inercia reiterativa de la cultura tradicional, que entre tensiones crecientes asumía la inmovilidad del poder estatal. En relación con coyunturas anteriores, durante los años de la crisis la novedad de la cultura tradicional y de la política corporativa ha sido precisamente el nivel de sus tensiones internas.

Si consideramos que el potencial crítico tiene antecedentes prácticamente paralelos a la historia del Estado revolucionario, la estabilidad del sistema político indica que sus contradicciones con la función negociadora de las elecciones habrían podido mantenerse dentro de límites tolerables. La estructura corporativa del sistema político había supuesto a un Estado con la suficiente capacidad económica para regular intereses sectoriales, a pesar de la existencia de una crítica cotidiana y prácticamente universal de la gestión gubernamental. A partir de aquí se recreó parte de la mitología y realidad sobre la gran estabilidad del sistema político, sostenida por generaciones. Por el contrario, después de 1982 las finanzas públicas se han deteriorado crecientemente, disminuyendo con ellas su capacidad reguladora de los compromisos corporativos.

De esta manera, ante un potencial crítico de gran intensidad debido a los efectos de la crisis económica, para la cultura tradicional su conflicto con el patrón electoral adquirió matices de antagonismo, más aún ante la ausencia de alternativas reales que permitieran salidas de desfogue. El freno que lo impedía era doble: la estructura orgánica del sistema político, que se mantenía prácticamente inamovible, sin ceder espacios, y la propia cultura tradicional, su lógica interna, que no estaba en condiciones de reconocer otras formas políticas de expresión, cerrándose ante las opciones que le presentaron los partidos de oposición y, más aún, a la posibilidad de constituirse ella misma en alternativa.

En suma, la situación política del país durante el periodo de crisis, antes de las elecciones de 1988, puede ser descrita con base en dos rasgos principales. Por un lado, un Estado sin la capacidad material de reproducción de los compromisos corporativos, por lo menos dentro de los niveles anteriores a la década actual, ya de por sí bajos. Y por otro lado, una cultura tradicional con crecientes tensiones internas, pero sin alternativas de expresión política. En la perspectiva de la población dentro de su lógica no pudo haber un momento de mayor contradicción con el poder político que el anterior: una situación verdaderamente explosiva, pero al mismo tiempo -desde afuera- de calma electoral. Así parecían continuar las cosas meses antes de la elección presidencial de 1988.

III. *La Cultura Política Tradicional y el Neocardenismo*

Para el análisis del movimiento neocardenista, por lo menos los siguientes tres aspectos deben ser tomados en cuenta: su necesidad histórica de existencia, su tiempo y su forma. En relación con ellos, los argumentos expuestos en los párrafos anteriores pueden proporcionar algunas conexiones clave. Por una parte, el problema fundamental relativo a la existencia del movimiento podemos vincularlo a la necesidad histórica -impuesta por la crisis- de una movilización política de oposición, que puede ser representada por el concepto de potencial crítico y, de manera concreta, por la forma e intensidad que adquirió en nuestros datos de encuesta. Por otro lado, en cuanto a la forma de este movimiento, sus rasgos principales pueden relacionarse con la presencia dominante de una tendencia tradicional en la cultura política, de contenido corporativo. Y finalmente, sobre la cuestión de su tiempo, éste fue determinado por el encuentro de la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas con los anteriores dos elementos.

Considerado aisladamente de la cultura política y de sus diferencias internas, el potencial crítico de las actitudes políticas, intensificado por la crisis económica, en sí mismo ya mostraba la necesidad histórica de un movimiento antigubernamental de la población. Dentro de sus límites, sin embargo, no le proporciona al movimiento ni su tiempo ni su forma; sencillamente se reduce a anunciarlo. En este sentido, comprendido en su aspecto de oposición antigubernamental y como movimiento social, el papel de la crisis económica en relación con el neocardenismo es determinante para su existencia, pero no suficiente en relación con sus particularidades. Su conexión llega hasta el límite de lo que aquí denominamos el potencial crítico y, en función de éste, hasta la necesidad genérica de un movimiento de oposición, no por genérico menos real.

A partir de aquí, el elemento definitorio en la explicación del neocardenismo es la cultura política, espacio en donde se han desarrollado tensiones sociales estimuladas por la crisis económica. Las particularidades de esta cultura, actuando a la vez como soporte y filtro, definieron en gran medida las formas de expresión de sus contradicciones, tanto antes como durante el desarrollo del neocardenismo. Considerando el primer momento, en particular determinaron que el potencial crítico de las actitudes políticas no se tradujera plenamente en una reacción electoral. En este comportamiento el papel de la cultura tradicional fue definitivo: a pesar de sus agudas contradicciones internas, había excluido de su horizonte de opciones a la política electoral de oposición. De la misma manera, como se argumentará adelante, la cultura política tradicional fue la responsable de la forma que asumió este movimiento de oposición, al igual que aporta la explicación sobre su tardanza: su tiempo estaba sujeto a la forma. No podía ser cualquiera, como lo supieron perfectamente durante los años de la crisis los partidos de oposición. En estas condiciones, hasta 1987 la cultura tradicional había sido el obstáculo principal a la movilización político-electoral de oposición, permitiendo con ello la reproducción del sistema político aun en las difíciles condiciones impuestas por la crisis. Sin embargo, una vez realizado su encuentro con Cárdenas, la cultura tradicional se ha convertido en el principal movimiento que pugna por la democratización de la política en el país.

En relación con la necesidad genérica de un movimiento de oposición planteado por la crisis, el neocardenismo puede ser considerado una forma histórica, lo mismo que el neopanismo, si bien con otras particularidades que los distingue notablemente. Esta comparación demuestra la diferente reacción de la población ante la expectativa de una respuesta social impuesta por la crisis a través de sus actitudes políticas. La comparación indica cómo la población correspondiente a la cultura tradicional debió “esperar” una convocatoria como la cardenista para poder “reencontrarse” con las urnas. Antes, el PAN y el resto de los partidos de oposición, sobre todo los últimos, no habían tenido un significado relevante a nivel nacional. Fue la convocatoria electoral de Cárdenas la que se los proporcionó, dándole así al potencial crítico su tiempo de expresión electoral.

La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas surgió así en condiciones sociales que hicieron tremendamente eficaz su aparición política, destacando las siguientes: a) la existencia de una cultura tradicional de rasgos corporativos, como la esfera dominante de la cultura política nacional; b) las tensiones generadas en su interior entre el potencial crítico y el mantenimiento de la preferencia por el partido oficial, con la crisis económica de por medio, y c) el cardenismo, como parte esencial de la historia de la cultura corporativa, que había generado y reproducido una figura que encarna en el poder estatal la representación de los intereses populares. Para que una personalidad, *ésta*, haya tenido los efectos que conocemos se requirió de la presencia de las condiciones anteriores, por lo menos. Con toda seguridad, durante las elecciones pasadas no hubiera ocurrido lo mismo en el supuesto de la candidatura presidencial de Heberto Castillo por el FDN, como se pretendió en algún momento. La candidatura presidencial de Cárdenas fue un elemento definitivo en los acontecimientos electorales de 1988; no por ella misma, sino por las circunstancias que le rodearon. Sin embargo, es claro que sin esa candidatura, las circunstancias tenían grandes posibilidades de permanecer como expectativa teórica y como actitudes políticas radicalizadas, reproduciendo su desencuentro con las elecciones y los partidos de oposición.¹⁴

Atendiendo al segundo factor arriba mencionado, hacia 1987 el potencial crítico de la cultura tradicional -que hemos descrito basándonos en las actitudes políticas de la población de menores recursos- había llegado a un nivel de tensión extrema con la constante electoral de apoyo al partido oficial y la ausencia de respuesta gubernamental a sus necesidades, más graves que nunca. En términos prácticos, la negociación corporativa cesó al mismo tiempo que las finanzas públicas perdían recursos y transfería los disponibles al pago de la deuda externa. Pero al mismo tiempo, a pesar de la ausencia de negociación corporativa, la cultura tradicional no tenía las condiciones para expresarse mediante otras alternativas políticas; por principio, su estructura interna no se reconoce ni con las elecciones ni con los partidos de oposición. Si las elecciones son concebidas como instrumento de negociación con el poder estatal, los partidos de oposición no sólo son contrarios a su lógica, sino que carecen de efectos prácticos. En este sentido, la cultura

¹⁴ En el supuesto de este caso, las presiones por la democratización de U política nacional continuarían obedeciendo al ritmo impuesto por la modernización del país y a los nuevos actores que generaba su paso; la sociedad urbana, U “nueva mayoría social”. Héctor Aguilar Camín, “El canto del futuro” en *Nexos*, núm. 100, 1986, págs. 21-27.

tradicional se había convertido en el principal obstáculo a la necesaria expresión electoral que los efectos de la crisis plantearon.

Como muestran los resultados de investigación que obtuvimos, el potencial crítico mantenía un elevado nivel de antagonismo con el Estado y, al mismo tiempo, un gran porcentaje de preferencia por el partido gubernamental en el estrato económico de menores ingresos (Véanse Cuadros 2 y 3). En sus actitudes políticas, el conjunto de la población ya había definido un intenso perfil de oposición, pero su principal expresión electoral permanecía en los lineamientos tradicionales de voto por el partido oficial. En todo caso, su oposición se estaba realizando fuera del espacio electoral y de los partidos, limitada al entorno de la vida cotidiana, de los medios de comunicación (particularmente en prensa), en algunas organizaciones marginales, pero predominantemente inorgánica. A pesar de todo, la estructura corporativa mantenía -y lo sigue haciendo- el control de las organizaciones clave, particularmente del sindicalismo, excluyéndolas como espacio de expresión política. De esta forma, como se demostró en las elecciones federales de 1985, todavía la política electoral seguía siendo identificada con el Estado y el partido gubernamental, como una trinidad indisoluble. Hasta entonces las elecciones no habían sido ni podían ser un canal para la expresión política propia, no obstante tener amplia probabilidad de lograrlo.

En las condiciones del país, anteriores a la elección presidencial de 1988, la necesidad de un movimiento político de oposición fue un determinante que pertenecía *en general* a la esfera económica, a las condiciones de crisis y sus devastadores efectos en el ingreso de la población asalariada. Sin embargo, esta necesidad, que se había prolongado por un sexenio sin mostrar un rostro político-electoral definido, a finales de 1987 tenía aún la posibilidad de permanecer sin grandes modificaciones. Salvo algunas excepciones regionales y sectoriales, la necesidad de la oposición política consistía más en una expectativa teórica y menos en un movimiento estructurado. En este contexto puede explicarse el neocardenismo como la forma particular de esta necesidad; pero nada más. Su particularidad como movimiento social específico, con tiempos y formas propias, con una secuencia de convocatoria social determinada, escapan de su vinculación con la crisis económica: sus determinantes más inmediatos y de mayor peso pertenecen al terreno de la cultura política.

A partir de la específica situación de la cultura tradicional, con grandes contradicciones internas y manteniendo la relación corporativa con el Estado, la transición hacia la actividad electoral, concibiéndola y actuando de manera distinta, significaba realizar un corte profundo con su propia historia, pero sin llegar a desvincularse de ella. Así, la transición sólo pudo producirse mediante una forma que coincidiera con los elementos propios de la cultura tradicional. Volviendo a los partidos de oposición, a pesar de sus constantes ofrecimientos intentando capitalizar el ambiente social generado por la crisis, la cultura tradicional no atendió a su convocatoria ni se reconoció en ellos.¹⁵ Por el contrario, en el momento de

¹⁵ En este contexto, resultan particularmente interesantes los esfuerzos y complejidades de la campaña presidencial de Rosario Ibarra de Piedra para convencer a la población trabajadora de votar por el PRT, en contraste con la relativa facilidad con que Cuauhtémoc Cárdenas reunía a multitudes. En una entrevista a la prensa en un momento en que se discutía la persistencia de su candidatura, la señora Ibarra reconoció un obstáculo fundamental en su camino: la cultura política de la población. *Excelsior* reportó la siguiente nota: “(...) manifestó que el partido oficial seguiría dominando el ámbito político del país porque mucha gente todavía está educada en esa tradición. Agregó que un triunfo del PRI no la decepcionaría, pues reconoce que el pueblo está educado de manera que en muchos

CUADRO 1
LA CRISIS ECONÓMICA ES CULPA DEL GOBIERNO
TIJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ

Respuesta	Total
Acuerdo	57.8
Tal vez	25.5
Desacuerdo	13.8
No sabe	2.5
No Resp.	0.4

Fuente: ESAF 87-COLEF (del apéndice al final del ensayo, véase el cuadro 1).

CUADRO 2
POTENCIAL CRÍTICO Y VOTO DECLARADO FAVORABLE AL PRI
TIJUANA, NUEVO LAREDO, CIUDAD JUÁREZ Y SAN LUIS POTOSÍ

	Tijuana	N. Laredo	Cd. Juárez	S. L. Potosí
PC	67.2	56.4	64.3	66.9
PRI	41.2	35.6	24.0	39.6

PC = Potencial crítico (Apéndice, cuadro 2)

PRI = Preferencia declarada (Apéndice, cuadro 5)

Fuente: Encuesta ESAF-87, EL Colegio de la Frontera Norte.

CUADRO 3
POTENCIAL CRÍTICO Y VOTO DECLARADO FAVORABLE AL PRI
ESTRATOS ECONÓMICOS
TIJUANA, NUEVO LAREDO, CIUDAD JUÁREZ Y SAN LUIS POTOSÍ

Estrato	I	II	III	Total
PC	64.2	62.8	65.4	64.1
PRI	27.9	33.1	37.2	34.0

PC = Potencial crítico (Apéndice, cuadro 3).

PRI = Preferencia declarada (Apéndice, cuadro 4).

Fuente: Encuesta ESAF-87, El Colegio de la Frontera Norte.

su surgimiento como candidato presidencial, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas¹⁵ fue identificada de inmediato por la cultura tradicional. El contraste entre los intentos de los partidos de oposición y el éxito de Cuauhtémoc Cárdenas es un indicador esencial sobre el peso de la cultura tradicional en la determinación de la amplia convocatoria social lograda por el FDN. En la relación de Cárdenas con la pobladas su rápida identificación y la forma como se expresó fueron características determinadas por esta esfera cultural, lo que en realidad significaba un reencuentro consigo misma. La campaña presidencial de Cárdenas, considerando lo anterior, no fue *para* convocar a la población; la hizo ante una población ya convocada.

De entrada, Cuauhtémoc Cárdenas y la cultura tradicional entablaron una relación de masa y caudillo que sorprendió a todos los observadores políticos, tanto por su forma como la velocidad con que se produjo.¹⁶ La expresión caudillista del neocardenismo no fue una pretensión deliberada de Cárdenas, sino una imposición de la cultura tradicional, que se extendió posteriormente a todas las organizaciones integrantes del Frente Democrático Nacional, que se vieron obligadas a aceptarla. Como argumentamos en el apartado precedente, el caudillismo es la forma natural de expresión de la política tradicional; en ella el líder encarna los intereses de los representados en un acuerdo que no requiere de formalización. De esta manera, el caudillismo del neocardenismo, caracterizado por el significativo peso de la personalidad de Cuauhtémoc Cárdenas en la capacidad de convocatoria del FDN, también puede encontrar sus raíces en una cultura tradicional que no reconoce otros caminos de manifestación política.

Por otro lado, en relación con el particular contenido ideológico del movimiento cardenista, consideramos que su explicación descansa primordialmente en la historia de la cultura tradicional y de su relación con el Estado. La cultura tradicional ha tenido “momentos de gloria” en su experiencia con el poder político; no todo ha sido crisis, sino que han existido contados y breves momentos de identificación. Entre ellos destaca el periodo gubernamental de Lázaro Cárdenas, que por su excepcionalidad y grado de compromiso con los intereses populares forma parte de la ideología y leyenda políticas de la cultura tradicional. Si en algún momento los intereses populares han estado y se han sentido más cercanos al poder estatal ha sido precisamente durante el cardenismo. Debe considerarse que la reproducción

¹⁵ casos todavía obedece a lo que podría llamarse la figura del “Tata” y prevalece aún, agregó, el culto al caudillismo que derivó en el presidencialismo “no hemos podido arrancarle al pueblo esa cultura”. *Excelsior*, 10 de junio de 1988, págs. 1 y 26.

¹⁶ Al respecto, Carlos Martínez Assad afirmó que algo que debía destacarse del proceso electoral era el “carácter mágico que tuvo Si en lugar de ese nombre (Cárdenas) se hubiera evocado el de Juan Diego, se hubiera obtenido un éxito próximo al que aconteció”. *La Jornada*, 24 de julio de 1988, págs. 1 y 10.

Por otro lado, Miguel Ángel Granados Chapa comentó lo siguiente sobre el cierre de campaña del FDN en el Zócalo: “Al oír a Cárdenas y percibir el casi fervor con que lo escucha la multitud, uno se pregunta qué hace a este orador plano que a veces apresura demasiado su lectura, para ganar tanta atención en su auditorio, y qué lo ha hecho cabeza de un movimiento tan vasto como el que aquí se muestra. La respuesta, acaso, están en su herencia y en su persona; en lo que fue su padre y lo que él mismo es: un hombre público mesurado y firme, calmo y claro, sereno y honesto”. *La Jornada*, 26 de junio de 1988, págs 1 y 4. Finalmente, otro comentario interesante sobre el éxito de Cuauhtémoc Cárdenas lo expresó José A. Ortiz Pinchetti: “(Cárdenas) ha logrado despertar en el pueblo de México una insurrección electoral casi milagrosa. Las multitudes que convoca parecen contagiadas de un fervor místico. Inevitablemente recuerdan la multitudinaria recepción al papa Juan Pablo”. *La Jornada*, 28 de julio de 1988, págs 12 y 32.

de la cultura tradicional ha sido también la reiteración de sus leyendas y, adicionalmente, que el discurso gubernamental por décadas ha multiplicado la imagen popular del cardenismo, sobre todo por medio del enorme aparato educativo y de otras actividades públicas llenas del simbolismo nacionalista con que se identifica a Lázaro Cárdenas. En este contexto, el resultado fue que el simbolismo del cardenismo tradicional, de ninguna manera olvidado, pudiera ser proyectado sin , dificultad al nuevo Cárdenas, precisamente a causa y en condiciones en que los intereses populares demandan reivindicación.

De esta manera, podría decirse que Cuauhtémoc Cárdenas no construyó su liderazgo: lo encontró, lo cual corresponde con las características de su campaña presidencial. Su liderazgo fue *reconocido*, precisamente porque se le conocía previamente; fue así un liderazgo súbito, que “apareció” de pronto. La figura de Cuauhtémoc Cárdenas pudo entonces encarnar la figura de un caudillo que ya pertenecía a la cultura tradicional. Un indicador adicional sobre la importancia de la cultura tradicional y la necesaria forma caudillista de su política es la actual demanda de organización de base, convocada por Cárdenas y el PRD, que no tendría sentido en un movimiento que hubiera sido previamente construido, apoyado por una estructura organizativa. La convocatoria a la organización es el reconocimiento más evidente de la ausencia de una estructura orgánica del movimiento, pero también de una cultura tradicional, difusa como determinante de su espectacular desarrollo.¹⁷

Si como hemos indicado, la necesidad de expresión política fue un imperativo de las condiciones sociales provocadas por la crisis, fuera de esta particularidad esencial de la coyuntura la cultura tradicional pudo permanecer como en décadas anteriores, sujeta a la negociación con el poder estatal y radicalizándose en determinados momentos y condiciones aisladas, pero siendo víctima relativamente fácil de la cooptación o, de la represión. Por el contrario, por primera vez en décadas, a consecuencia de la crisis, la cultura tradicional experimentó una intensificación generalizada de sus contradicciones internas. Lo que hemos intentado mostrar a través del potencial crítico de las actitudes políticas es la tensión interna de la cultura tradicional (y en general, de la sociedad) que se encontraba inserta en un esquema de negociación con el Estado que excluía la posibilidad de alternativas políticas. Sus tensiones, sin embargo, demandaban con fuerza la presencia de canales de expresión, pero cuyas especiales características eran definidas por su propio horizonte político: no podía ser cualquiera.

El líder del FDN fue así el caudillo del potencial crítico, tanto más acentuado este rasgo como cercanos sus simpatizantes a la cultura tradicional. Cabe aclarar que el potencial crítico no era (es) exclusivo de la población de menores recursos, sino que envolvía a prácticamente todos los sectores sociales. Lo que nosotros

¹⁷ Un ejemplo interesante relativo a la organización elemental de FDN en relación con la masa de población convocada es la actual coyuntura electoral en Baja California, que renueva en este año (1989) todos los puestos gubernamentales, incluyendo la gubernatura. En las pasadas elecciones presidenciales, la votación estatal de Cuauhtémoc Cárdenas sobrepasó la de Carlos Salinas, dejando un precedente importante para las elecciones locales posteriores. Sin embargo, en cuanto organizaciones, los partidos integrantes del FON son prácticamente inexistentes en el estado y ahora, ante las elecciones locales, no corresponden a su potencial masa electoral. Son mayores sus problemas internos y han descuidado la relación con sus posibles votantes.

denominamos el estrato III fue el sector definitorio, del cual obtuvo Cuauhtémoc Cárdenas su base primera y mayoritaria. Estimamos que a partir de aquí se incorporaron otros sectores como miembros del movimiento electoral, en particular los estratos medios urbanos, que fueron parte de la masa social que también le siguió, si bien en otras condiciones. En este segundo caso, la opción cardenista fue estimulada más por un razonamiento de cálculo que por la pertenencia a la cultura tradicional. Al parecer, el FDN representó aquí a la oposición más fuerte, a la posibilidad cercana de romper el monopolio político de la burocracia en el poder. Tal vez el ejemplo más representativo y elaborado de este proceso haya sido la actitud del PMS y de algunos sectores del PRT, que se incorporaron al neocardenismo en función de la respuesta popular que había recibido.¹⁸ Simple y llana racionalidad política que contrasta profundamente con la actitud de los sectores populares frente a Cuauhtémoc Cárdenas, plena de simbolismo.

De esta forma, podría pensarse que el liderazgo caudillista de Cárdenas se extendió en función del apoyo que originalmente recibió de los sectores populares, los que mejor representan lo que hemos definido como cultura tradicional. Sin embargo, al parecer el caudillismo como forma política no es exclusiva de los sectores de menores ingresos. Como un indicador de lo extensa de la cultura tradicional y de sus formas -que llegan a fundirse con su contraparte, la cultura liberal- puede ser considerada la recepción que tuvo Cárdenas en la UNAM, que en su estilo no se distinguió mucho de las que tuvo en la Laguna u otras áreas rurales. No pretende afirmarse que la figura de Cárdenas signifique lo mismo en todos los sectores sociales; nos referimos exclusivamente al reconocimiento de la forma de comunicación establecida entre las masas y el dirigente.¹⁹

A Manera de Conclusión

Con base en las anteriores consideraciones sobre el neocardenismo, puede señalarse que una de las paradojas de nuestro tiempo es que la democratización del país, como el proceso que domina la coyuntura actual, se encuentra siendo construida fundamentalmente a partir de una cultura y de una estructura política corporativa, ademocrática, en el sentido liberal del término. Con esta consideración, que muestra los rasgos de etapas históricas distintas y el camino de una a otra, la coyuntura actual consiste en un verdadero proceso de transición política, en toda la extensión de la palabra. En este contexto, el neocardenismo es la forma principal que la sociedad ha adoptado en la transición hacia la democracia liberal, pero que aun no puede desligarse de un pasado que la domina: su expresión caudillista y sus

¹⁸ Entre ellos Adolfo Guílla y otro grupo de personas que formaron el Movimiento al Socialismo (MAS).

¹⁹ Vale la pena considerar que la forma caudillista en la dirección política del neocardenismo no es exclusiva de la cultura tradicional, sino que también puede extenderse a otros sectores portadores de una cultura liberal. Al respecto, un buen ejemplo de un movimiento urbano en el que la militancia activa recayó en las clases medias siguiendo a una dirección caudillista fue el panismo de Ciudad Juárez entre 1983 y 1986, con el liderazgo de Francisco Barrio.

formas corporativas. A pesar de ello, Cárdenas y el FDN han acelerado los pasos de una estructura social que ya se dirigía sobre ese camino. A la vez que convocan a las masas a la movilización, a las grandes concentraciones que giran en torno a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, también las dirigen a las urnas, a los partidos, a la política electoral. De esta manera, la democratización del país consiste en un proceso todavía inserto en la misma cultura política tradicional que ha sido retomada, estimulada y reproducida por el sistema político que hoy está sujeto a cambio. Más que nunca, con mayor eficiencia que la modernización, el actual movimiento neocardenista ha avanzado hacia la transición de una esfera cultural a otra, acercando al país, en el mejor de los panoramas, a prácticas democráticas en su vida política.

A partir de 1988, la cultura corporativa ha dado un giro de gran importancia: las elecciones dejan de ser el instrumento de negociación y pasan a ser instrumento de oposición política. Este cambio de actitud es radical porque acerca la cultura tradicional al concepto liberal de la política, al ciudadano y su capacidad de decidir la forma de gobierno mediante las elecciones. Si bien no significa la desaparición de la cultura tradicional, se ha dado un paso fundamental en su transición a la cultura liberal, al encuentro con el ciudadano y el fin del poder político externo, ajeno. Para extensos grupos de la población, el cambio ha significado su primer encuentro con una experiencia ciudadana; es decir, con la plena conciencia de determinar un gobierno a través del proceso electoral, a pesar de las limitaciones de sus resultados finales.

A pesar del camino recorrido hacia la cultura liberal, cabe señalar que en la perspectiva de la cultura tradicional el neocardenismo no es un movimiento que pretenda el cambio cualitativo del Estado, sino un cambio de dirigentes que den cumplimiento al pacto corporativo. Considerando las particularidades de la relación corporativa y de la cultura tradicional que lo sustenta, puede plantearse la hipótesis de que ante el incumplimiento de la relación por parte del Estado, su contraparte tiende al cuestionamiento del Estado (del gobierno), *pero no de la relación*. En principio, la tendencia dominante por parte de estos sectores es hacia el establecimiento de una nueva relación, más “cumplidora”, pero no necesariamente distinta; es decir, no se rompe con el juego corporativo. Sin embargo, si en efecto *internamente* tiende a la reproducción de la relación corporativa, el entorno y su direccionalidad le conducen al esquema liberal. El neocardenismo se desenvuelve entonces en un juego de formas políticas del pasado (aún presentes), pero siguiendo un rumbo práctico que no tiene esa orientación.

En estos términos. Cárdenas, presente y pasado, sigue siendo figura del mismo poder, parte integrante de éste. En el horizonte de la cultura tradicional el neocardenismo no implica una versión distinta del Estado, sino una anterior, con lo que tampoco representa un poder propio de los sectores populares. Significa el mismo poder, junto a sus rasgos de exterioridad, pero en una forma más cercana a sus intereses. El rasgo fundamental de la cultura política tradicional -el poder externo- permanece así en el proyecto neocardenista y tiende a fortalecer sus rasgos caudillistas. En esta perspectiva, el neocardenismo ha sido un movimiento popular sobre condiciones sociales de base: no fue la base la que dio las condiciones políticas de expresión electoral; las encontró y se reconoció en ellas.

A su manera, el neocardenismo y los aspectos que de él hemos señalado también

expresan determinados rasgos del sistema político mexicano. En principio, puede considerarse que el PRI y el corporativismo del sistema político no han sido la simple imposición del Estado a la sociedad. Hay que reconocer que en la historia del país la ausencia de una tradición democrática, como menciona Lorenzo Meyer,²⁰ no excluye la presencia de formas culturales y estructuras políticas acordes a las tradiciones existentes. Sin embargo, la modernización del país y los radicales cambios sociales, económicos y culturales que le acompañan habían generado un antagonismo creciente con el sistema político. Bajo estas nuevas condiciones, en que la tradición democrática - como ideología- comienza a integrarse a la cultura junto con la modernización, la reproducción del sistema político crecientemente suena más a imposición. Pero no hay que proyectar las nuevas condiciones del país, relativamente recientes y de amplias variantes regionales, a toda la historia del sistema político. La cultura tradicional no ha desaparecido, e incluso en los sectores modernos se escuchan sus pasos, los ecos del pasado.

A su vez, la existencia de una cultura tradicional y de la estructura corporativa de la política nacional son el reflejo más palpable de la existencia de un sistema político que tiene poco que ver con la formalidad legal que lo envuelve. Con ellas, el sistema político enfrenta a su contraparte formal, contradiciéndola paso a paso, posibilitando que la cultura tradicional fuera más coherente con la política real que su contraparte, la cultura liberal, por lo menos hasta 1988. El resultado ha sido la reproducción de un sistema político de práctica tradicional y de forma jurídica liberal democrática, que le ha permitido un espacio muy amplio de juego político para ajustar condiciones, rango más que suficiente para la tolerancia liberal o el control impositivo. Sin embargo, a través del neocardenismo, la novedad del país es que ya no sólo la modernización presiona la transformación democrática del sistema político. Ahora, quienes habían sido sus aliados principales, la cultura tradicional y los sectores sociales vinculados a ella, también se han convertido en agentes de cambio. La alternativa real sólo es una: facilitar el tránsito.

Apéndice Estadístico

La información empírica utilizada en este ensayo proviene de la Encuesta Socioeconómica Anual de la Frontera (ESAF), realizada por El Colegio de la Frontera Norte durante septiembre de 1987. Las ciudades que comprende el estudio son Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y San Luis Potosí, a través de un cuestionario sobre actitudes políticas dirigido a la población mayor de 18 años. En la distribución y levantamiento de la muestra se siguieron los procedimientos metodológicos para encuestas demográficas del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), que permitieron la expansión de resultados al total de la población, proporcionando cálculos de la mayor precisión posible.

Una vez expandidos, los resultados de la encuesta comprenden un total de 1'403 803 personas de 18 años y más edad, distribuidas por ciudad de la siguiente manera: Tijuana, 449 979 (32.05%); Ciudad Juárez, 504 145 (35.91%); Nuevo Laredo, 163 766 (11.66%) y San Luis Potosí 285 913 (20.36%). Las proporciones por ciudad corresponden a los tamaños de la población de esa edad estimado por la

²⁰ Lorenzo Meyer, "La democracia política..." *op. cit.*

ESAF. Para la exposición precedente, algunos de los resultados de la encuesta fueron analizados globalmente de tal manera que pudieran ser atenuadas las diferencias regionales y destacar las tendencias comunes de la población entrevistada.

APÉNDICE

**CUADRO 1
RESPUESTA DE LOS ENTREVISTADOS A LA PROPOSICIÓN
"LA CRISIS ECONÓMICA ES CULPA DEL GOBIERNO"
TIJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ**

Ciudades	Tijuana	Nuevo Laredo	San Luis Potosí	Ciudad Juárez	Total
Acuerdo	65.7	47.4	60.9	57.0	57.8
Tal vez	21.1	32.9	19.6	28.6	25.5
Desacuerdo	10.4	15.6	16.9	12.4	13.8
No sabe	2.6	3.8	2.1	1.4	2.5
No Resp.	0.2	0.3	0.5	0.6	0.4
Total	100	100	100	100	100
	449,979	504,145	63,766	285,913	1'403,803

Fuente: ESAF 87. El Colegio de la Frontera Norte.

**CUADRO 2
RESPUESTA DE LOS ENTREVISTADOS A LA PROPOSICIÓN
"LA CORRUPCIÓN ES LA CAUSANTE DE LA CRISIS"
TIJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ**

Ciudades	Tijuana	Nuevo Laredo	San Luis Potosí	Ciudad Juárez	Total
Acuerdo	67.2	56.4	66.9	64.3	63.7
Tal vez	18.2	26.8	14.6	21.6	20.3
Desacuerdo	12.1	12.3	16.1	12.1	13.1
No sabe	2.0	4.0	2.0	1.6	2.4
No Resp.	0.5	0.5	0.4	0.4	0.5
Total	100	100	100	100	100
	449,979	504,145	63,766	285,913	1'403,803

Fuente: ESAF 87. El Colegio de la Frontera Norte.

CUADRO 3
RESPUESTA DE LOS ENTREVISTADOS A LA PROPOSICIÓN
"LA CORRUPCIÓN ES LA CAUSANTE DE LA CRISIS"
RESULTADOS POR ESTRATO ECONÓMICO
TIJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ

Estrato	I	II	III	Total
De acuerdo	64.2	62.8	65.4	64.1
Tal vez	21.4	21.7	17.6	20.2
En desacuerdo	11.8	13.4	13.2	12.8
No sabe	2.0	1.9	3.1	2.4
No respuesta	0.6	0.2	0.7	0.5
Total	100	100	100	100
	136,269	772,855	494,679	1'403,803

Fuente: ESAF 87. El Colegio de la Frontera Norte.

CUADRO 4
PREFERENCIA DE PARTIDO POR ESTRATO ECONÓMICO
TIJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ

Partido	Estrato I	Estrato II	Estrato III	Total
PRI	27.9	33.1	37.2	34.0
PAN	20.7	24.1	21.0	22.7
PDM	0.2	0.6	0.4	0.5
PARM	0.4	1.5	1.7	1.5
PMS	2.3	1.1	1.5	1.4
PRT	0	0.3	0.1	0.2
PST	0.2	0.2	0.4	0.2
PPS	0	0.2	0	0.1
CDP	0.4	0.3	0.8	0.5
Ninguno	30.0	24.0	24.8	24.8
Dep. Can.	5.5	3.4	3.0	3.5
No Proc.	0.6	0.4	0.4	0.4
No resp.	11.8	10.8	8.7	10.2
Total	100	100	100	100
	136,269	772,855	494,679	1'403,803

Fuente: ESAF 87. El Colegio de la Frontera Norte.

CUADRO 5
PREFERENCIA DE PARTIDO DECLARADA
TJUANA, CIUDAD JUÁREZ, NUEVO LAREDO Y SAN LUIS POTOSÍ

Partido	Tijuana	Ciudad Juárez	Nuevo Laredo	San Luis Potosí	Total
PRI	41.2	24.0	35.6	39.6	34.0
PAN	16.6	33.8	2.3	24.3	22.7
PDM	0.4	0.1	0	1.8	0.5
PARM	0	0	12.2	0.2	1.5
PMS	3.4	0.5	0.2	0.6	1.4
PRT	0.3	0.1	0	0.3	0.2
PST	0.4	0	0.3	0.4	0.2
PPS	0.4	0	0	0	0.1
CDP	0	1.4	0	0	0.5
Ninguno	23.1	24.2	27.9	26.9	24.8
D. candid.	3.8	1.2	12.4	1.8	3.5
No Procede	0.3	0	1.9	0.4	0.4
No especif.	10.1	14.7	7.2	3.7	10.2
Total	100	100	100	100	100
	449,979	504,145	163,766	285,913	1'403,803

Fuente: ESAF 87. El Colegio de la Frontera Norte.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Camín, Héctor, “El canto del futuro” en *Nexos*, núm. 100, 1986, págs. 15-19.

—, “La transición mexicana” en *Nexos*, núm. 124, 1988, págs. 21-27.

Bonfil Batalla, Guillermo, “La querrela por la cultura” en *Nexos*, núm. 100, 1988, págs. 7-13.

De la Peña, Guillermo, “Poder local, poder regional: perspectivas socioantropológicas” en Jorge Padua y Alain Vanneph (comps.), *Poder local, poder regional*. México, El Colegio de México-CEMCA, 1986, págs. 27-56.

Garrido, Luis Javier, “Un partido sin militantes” en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*. México, El Colegio de México, 1987, págs. 61-76.

González Casanova, Pablo, “Democracia en tiempos de crisis” en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*. México, Siglo XXI-ISS UNAM, 1985, págs. 11-28.

Guillen López, Tonatiuh “Crisis económica y cambio político en México. Una visión desde la frontera norte” en *Estudios Sociológicos: México*, El Colegio de México, núm. 16, 1988.

—, “Las bases sociales del PRI y las perspectivas del sistema político” en Wayne A. Cornelius, Judith Gentleman y Peter Smith (eds.), *Mexico's Alternative Political Futures*. La Jolla, California, Center for U.S.-Mexican Studies UCSD, 1989.

Krauze, Enrique, *Por una democracia sin adjetivos*. México, Joaquín Mortiz/ Planeta, 1986.

Loaeza, Soledad, *Clases medias y política en México*. México, El Colegio de México, 1988.

—, “El Partido Acción Nacional: de la oposición leal a la impaciencia electoral” en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*. México, El Colegio de México, 1987, págs. 77-105.

—, “Desigualdad y democracia” en *Nexos*, núm. 123, 1988, págs. 33-38.

Martínez Assad, Carlos (coord.), *Municipios en conflicto*. México, G.V. Editores-HS UNAM, 1985.

Meyenberg, Yolanda y J. Peschard et al., *Política y partidos en las elecciones federales de 1985*. México, FCPS-UNAM, 1987.

Meyer, Lorenzo, “La democracia política: esperando a Godot” en *Nexos*, núm. 100, 1986, págs. 39-46.

Molinar Horcasitas, Juan, “The 1985 Federal Elections in Mexico: The Product of a System” en Arturo Alvarado (ed.), *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*. La Jolla, California, Center for U.S.-Mexican Studies UCSD, 1987, págs. 17-32.

Ramírez Saiz, Juan Manuel, *El movimiento urbano popular en México*. México, Siglo XXI, 1986.